El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8390 DIARIO DE LA NOCHE TELÉFONOS NUMS. 4 Y 5

PRECIOS DE SUSCRICCION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id. *Provincias*, tres meses, 7'50 id.—*Extranjero*, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Nr. C. 166.—Administrador, *D. Emilio Garrido López.*

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Jueves 24 Octubre de 1889

DESPIERTA.

Despierta Elisa: el matinal albor
Las densas sombras ahuyentando va,
Y vuela el aura perfumada ya,
Sus alas leves en la fresca flor.
Ven; no hay encanto, para mí mayor
Que el que te trae á mis sentidos da,
Ven, que en las tazas humeando está
El aromado y sin igual licor,
Café de *El Barco de Valencia* es,
De el que te gusta con pasión á tí
Porque conserva á par nuestra salú.
Por él sin fiebre y con color te ves,
Por él me tienes á tu lado á mí
¿Serás ingrata con *El Barco* tú?

Los exquisitos chocolates, cafés y tés de *El Barco de Valencia* se venden en todas las tiendas de ultramarinos en la provincia de Murcia, representante general para las ventas al por mayor Benigno Sánchez Risueño, 3 Caridad 8. Cartagena.

Recomendamos.—Quinina dulce Baeza.—(Véase anuncio 3.ª plana.)

LA ETERNA CONTRADICCION.

Extraña es, en efecto, y sobremanera inconveniente la contradicción que se manifiesta constantemente entre las ideas y los actos del hombre, ó sea entre su teoría y su práctica.

En todas las esferas de la vida se nota que los hombres piensan de tal modo, y obran del modo contrario.

Entre ellos es que lo bueno no son las obras, sino las ideas.

Pocos individuos de la familia humana habrá que no tengan conciencia de sus deberes, que no conozcan las excelencias de la paz, de la fraternidad, del orden, de la justicia, de la verdad, de la honradez, y de todos los principios, cualidades y reglas á que se debe ajustar la dirección de la vida.

Y sin embargo, conociendo que todo esoteo, no solamente lo bueno, lo mejor, sino lo que estamos obligados á cumplir ó practicar, hacemos casi siempre lo contrario.

Nos dirigimos al mal, faltamos á nuestra obligación á sabiendas y voluntariamente.

Así es que, generalmente, el hombre cuando habla, y sobre todo cuando habla en público, es sensato, noble y bueno.

En cambio, cuando obra es loco y malvado.

A la política ha trascendido completamente esa rara contradicción con que los hombres viven.

No se proclama una forma ó sistema de gobierno, ni un principio, ni una idea, ni una regla que sean malos.

Y cuando cualquier hombre político ó cualquier partido se dirige al público, cuida mucho de encarecer la necesidad y la conveniencia de la verdad y del bien y cuida mucho de no ensalzar ni prometer la más pequeña cosa mala ó falsa.

Si el hombre político ó el partido obran, entonces es muy fácil hallar los errores y las faltas á cientos.

No hay hombre, dentro de los partidos políticos, que no hable de la honradez, que no se presente como honrado, que no elogie á la agrupación á que pertenece por la limpieza de su conducta.

Y á cada paso ocurre, y en casi todos los partidos, que estos y aquellos de sus afiliados, ya en la vida pública, ya en la vida privada, cometen faltas de honradez bien dignas de castigo.

Se habla en todas partes del patriotismo, se dice siempre que cuanto se hace es por contribuir á la felicidad de la patria.

Pero los actos de cada uno demuestran evidentemente que apenas dos ó tres individuos piensan alguna vez en el bienestar de la nación, y que todos llevan alguna mira interesada, alguna aspiración egoista.

Se puede decir que es muy difícil hallar un político que nada busque, que nada quiera para él, y que esté dispuesto á gastar trabajo, dinero y sangre, puramente por conseguir para la patria un derecho, una vara de terreno, una gloria ó una satisfacción.

La justicia es una de las cosas que más ensalzan y de que más hablan y sobre que más prometen los partidos políticos.

Y estén esos partidos en el poder ó en la oposición, no solamente no practican la justicia, sino que se puede decir que viven de la injusticia. Ni en el despacho de los negocios públicos, ni en el reparto de las mercedes, ni en la aplicación de las censuras, ni en las consideraciones personales ni en nada obran justamente.

Otra de las cosas de que se habla mucho y que todo el mundo promete es el progreso. Y la prueba de que nadie hace nada en favor de esa aspiración humana tan legítima, es que estamos á una enorme distancia de tal progreso, habiendo podido ponernos muy cerca.

Porque para progresar de veras, sería menester renunciar á lo que los hombres no renuncian nunca: á los intereses particulares, á la satisfacción de las pasiones personales

¡Cuánto no se habla también de la instrucción pública! ¡Y cuántas veces no se exponen grandes ideas y superiores propósitos!

Y sin embargo, en la práctica se hallan siempre deficiencias, absurdos, errores y hasta iniquidades

Es una verdadera farsa nuestra política, como es una verdadera farsa toda nuestra vida social.

Como los sepulcros de la escritura, llevamos la superficie barnizada con el brillo de grandes pensamientos y grandes planes, y el fondo lleno de la podredumbre de los vicios y de las pasiones.

Se comete un verdadero engaño por cada hombre para con toda la humanidad.

Porque del que promete un bien, hay derecho á no esperar un mal, y del que predica la necesidad y la excelencia de unos principios, no se puede creer que ha de ejecutar los principios contrarios.

Así es que todos los partidos políticos han ido dando chasco y no pequeño al país, que escuchó sus doctrinas y sus promesas.

Lejos de practicar un partido lo que prometiera, practica aquello mismo que censuró en el partido contrario, empeorando probablemente.

No defiende la verdad, ni la justicia, ni la honradez, ni la moralidad; pero tampoco castiga el error ni las malas acciones, tal vez por lo mismo que prometió hacer las dos cosas.

Y es claro, se dice á todas horas que no hay caracteres, ó que los caracteres se han rebajado hasta [illegible] palabra.

¿Qué ha de haber de carácter ni de cosa que lo parezca, en donde el hombre es tan cobarde que no tiene valor para predicar el mal si piensa practicarle, ni para ejecutar el bien si le ha proclamado? ¿Qué ha de haber de carácter en un país en que nunca se cumple una promesa, en que jamás existe conformidad entre las inspiraciones de la conciencia, los informes de la razón y los actos de la persona? ¿Qué ha de haber, en fin de carácter, aquí, en esta desdichada tierra, en la cual no hay palabra mala ni obra buena.

La República de San Marino

Escribe á «La Independencia Belga» uno de sus corresponsales que reside actualmente en la República de San Marino, una larga carta que contiene sobre aquel pequeño Estado interesantes noticias.

San Marino es la más antigua de las Repúblicas del globo. No es un Estado de juguete, un simulacro de nación á lo tartarín. Es una República perfectamente constituida sobre bases sólidas, que todo lo ha desafiado; siglos, empresas hostiles, tempestades políticas, innovadores, fiebre de centralización, delirio de grandezas. Algunos historiadores y publicistas han creido deber burlarse á expensas de este pequeño Estado de 9.000 habitantes que se toma en serio á sí mismo, y tiene la pretensión de vivir dichoso, próspero, cuando alrededor de él doblan los pueblos la cabeza abrumados bajo el peso de cargas, contribuciones, servicio militar y otras invenciones de la civilización.

Los republicanos de San Marino dejan decir y hacer á los demás, contentándose con vivir todo lo felices que cabe sobre la tierra; viven á 2.200 pies sobre el nivel del mar, y de las pasiones humanas, respetan la fé jurada, muéstranse deferentes con los potentados que no les han hecho mal alguno, gozan de las glorias de Italia sin estar obligados á pagar su parte de tributo á la gloria, son piadosos sin ser beatos, van á la iglesia, pero jamás se ocupan en defender ni combatir el dogma. Disfrutan de una libertad completa y saben apreciarla.

Cuando el viajero, abandonando á Rimini, se dirige á San Marino, á medida que avanza á través de campos sembrados de maiz ó cubiertos de vid, ve destacarse cada vez con más energía en el horizonte, la silueta de una montaña guarnecida de torres.

Es San Marino, capital de la República. Su tradición es conocida. San Marino era un hombre bravo y piadoso, que asediado por los paganos de Roma abandonó á Rimini, instalándose en la vecina montaña. Los soldados que en persecución suya se enviaron, fueron por él convertidos

Este fué el origen de la ciudad. Desde entónces los habitantes han sostenido frecuentemente la integridad de su territorio con las armas en la mano.

La historia de la República no carece de gloria. Napoleón I sentía verdadera admiración hacia este pueblo, y en los archivos de la capital se guarda una carta del emperador, en la que les ofrecia cañones, aumento de territorio y 1.000 quintales de trigo. Los ciudadanos sabiamente aceptaron el trigo y rehusaron los otros ofrecimientos. Cierto es que los 1.000 quintales están todavía por llegar. Más tarde San Marino tuvo que sostenerse frente á Austria, que le hacía reclamaciones. El 31 de Julio de 1849, Garibaldi huyendo hacia el Norte, después de la caida de la República de Roma, fué á refugiarse con 18 de sus oficiales y su esposa Anita en San Marino. Los austriacos impusieron tales condiciones, que Garibaldi prefirió abandonar la ciudad antes que aceptarlas, y se refugió en casa de un bravo campesino, que tiene actualmente ochenta y ocho años y enseña, como una reliquia, la habitación ocupada por el héroe italiano.

Despues los austriacos violaron el territorio, entrando en la capital por una puerta y saliendo por la otra.

Más tarde, cuando se hizo la unidad de Italia, esta nación bloqueó el territorio de la República, que se había convertido en refugio de desertores, contrabandistas y agitadores políticos. Fué preciso capitular, aceptando la ley del más fuerte.

Desde entonces fueron excelentes sus relaciones. Víctor Manuel ofreció también á la República una batería de cañones construidos al efecto; pero también esta vez los rechazó San Marino, diciendo: «¿Qué haríamos nosotros con los cañones? Los morteros sirven para las salvas alegres de las fiestas. Tenemos una fábrica de pólvora, pero no produce más que la necesaria para cazar y para hacer salvas.» ¡Dichosos los habitantes de tan diminuto pueblo!

Atravesando los viñedos que rodean el barrio de Serravalle, se llega al Borgo, barrio de las afueras de San Marino, en el cual está el comercio. Allí residen la agitación, la vida animada, el club, el partido socialista, así como, sigue la tradición severa, el gobierno, la iglesia, los recuerdos del piadoso fundador, el sepulcro, cubierto por la piedra sobre la cual, postrado de hinojos, rogaba á Dios por la felicidad de su pequeña colonia.

Tres altas torres se elevan escalonadas sobre las rocas abruptas; á modo de veleta ostentan las torres de la bellísima catedral la pluma de aguila plateada sobre campo azul, que constituye las armas de San Marino.

Los 9.000 habitantes de aquel Estado débenlo todo á su propio esfuerzo. Jamás reclamaron ni recibieron ayuda de extraños.

No hay caminos de hierro, pero sí telégrafo, teléfono, correo, caja de ahorros, banco popular, dos teatros, una bonita colección de cuadros, biblioteca, archivos curiosos y hospital de indigentes.

No se ven mendigos en la ciudad; los pobres salen á distancia de algunos kilómetros á pedir á los viajeros y campesinos, pero no son importunos ni porfiados.

La honestidad es allí proverbial.

El guardián de la fortaleza de la Rocca vigila á cuatro ciudadanos que en ella hay presos; uno por haber matado en riña á un colega de un tiro, y los tres restantes por delitos leves. El primero será entregado á las autoridades de Italia, y cumplirá su condena en Ancona.

La pena de muerte está abolida en San Marino. Nunca se ha ejecutado á nadie, porque los regentes no han querido cargar con la responsabilidad de haber hecho verter sangre humana.

El país tiene su constitución, su código civil y penal.

Los prelados casan á los ciudadanos y civilmente se reconocen estos matrimonios. Está la nación gobernada por dos regentes que